



Cédille. Revista de Estudios Franceses

E-ISSN: 1699-4949

revista.cedille@gmail.com

Asociación de Francesistas de la Universidad

Española

España

Marrero Marrero, Ma. del Carmen

Las anécdotas en las Memorias del conde de Ségur

Cédille. Revista de Estudios Franceses, núm. 3, abril, 2007, pp. 107-127

Asociación de Francesistas de la Universidad Española

Tenerife, España

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80800309>

- ▶ Como citar este artigo
- ▶ Número completo
- ▶ Mais artigos
- ▶ Home da revista no Redalyc

redalyc.org

Sistema de Informação Científica

Rede de Revistas Científicas da América Latina, Caribe , Espanha e Portugal
Projeto acadêmico sem fins lucrativos desenvolvido no âmbito da iniciativa Acesso Aberto



Cédille

ISSN: 1699-4949

nº 3, abril de 2007

Monografía
La anécdota en el siglo XVIII

Las anécdotas en las Memorias del conde de Ségur

M^a del Carmen Marrero Marrero

Universidad de La Laguna

mmarrero@ull.es

Résumé

Le récit des anecdotes dans le cadre des Mémoires nous montre une vision détaillée de la personnalité de l'auteur, projetant dans l'écriture les traits de vraisemblance et d'individualité, ces traits-ci, présents dans l'œuvre du comte Louis Philippe de Ségur Ségur *Mémoires ou souvenirs et anecdotes*.

Les anecdotes littéraires constituent des sources remarquables d'information sur l'auteur qui les raconte ou sur le thème évoqué. A travers la lecture attentive des ses Mémoires j'ai pu apprécier la finesse de son style littéraire dans lequel on reflète sa capacité évocatrice des événements. Dans l'analyse de cette oeuvre j'ai distingué deux classes d'anecdotes celles du type intime ou personnel et les anecdotes historiques, culturelles et sociales ces dernières ayant eu une répercussion dans des domaines différents. Grâce à ce travail j'ai pu con-

Abstract

The account of anecdotes in memoirs gives an insight into the writer's personality at the same time that it unfolds their verisimilitude and individuality, two features which are present in Count Louis Philippe de Ségur's *Mémoires ou souvenirs et anecdotes*.

Within the genre of memoirs, literary anecdotes are a useful source of information about the author who evokes them and the topic he writes about. After careful reading of his memoirs, I have been able to value his subtle literary style, which reveals his enormous skill to evoke events and to give an objective view about them. In this work, I have distinguished two types of anecdotes: those which are of a more personal kind and those which are historical, social and cultural, having the latter an important influence on these fields.

Thanks to this work, I have been able to get to know more deeply Count Segur's

naître, plus en profondeur, la vie du comte de Ségur, qui, a essayé, en tout moment, d'apporter sa vision objective de la réalité pour équilibrer les critiques étrangères négatives sur la politique française prérevolutionnaire.

Mots clé: Anecdote, mémoires, Ségur.

life, who always tried to give an objective view of reality to counteract the negative foreign criticisms against French politics in the pre-revolutionary period.

Key words: Anecdote, memoirs, Ségur.

0. Introducción

Escribir sobre anécdotas no es tarea sencilla porque a medida que las damos a conocer se desvela la intimidad del yo escritor o de alguien o algo que el escritor quiere que conozcamos mejor. En este querer hay intencionalidad, premeditación, como argumenta René Godenne (2001: 55) en un artículo sobre el género Memorias en el cual explica que en este tipo de obras autobiográficas “un hombre realiza un monólogo con el que echa una mirada atrás, hacia su pasado, porque es un monólogo que destina a la posteridad y un arte de contar puesto al servicio de una visión sintética de los acontecimientos”. Así pues, esta escritura que puede parecer banal no lo es en tanto que muestra los entresijos que conforman la personalidad del que escribe o de otra persona que se da a conocer en la obra. Tratándose de anécdotas en el seno de unas “Memorias” debemos pensar en un tipo de escritura que en literatura se presenta o se conoce como el relato de lo verdadero. A este rasgo se asocia el carácter individual o particular que conllevan las “Memorias” y que el género hace suyo desde el siglo XVII ayudando a constituir, de manera principal, los escritos de alguien que desea hablar sobre él mismo en primera persona, o sobre hechos históricos en los que se vio inmerso ya sea como actor o testigo. El interés de las memorias de tipo histórico reside, según Godenne, en las observaciones de tipo personal, el autor cuenta su verdad, por ello el término “Confesiones” también se le puede asociar.

1. Apuntes sobre su vida

El que será undécimo conde de Ségur y par de Francia, Louis Philippe de Ségur (1753-1830), fue el autor de la obra que he analizado en este artículo, *Mémoires ou souvenirs et anecdotes*, la cual presenta un cuadro vivo y un testimonio ameno de la historia tanto francesa como europea del último tercio del siglo XVIII. Su padre, Philippe-Henri de Ségur (1724-1801), fue el décimo marqués de dicha familia. Ministro de guerra bajo el reinado de Luis XVI, acumuló los siguientes títulos: brigadier, mariscal de campo, lugarteniente general y mariscal de Francia. En 1749, contrae matrimonio con Louise de Vernon, unión de la que nacieron dos hijos:

Louis Philippe, XI conde de Séguir d'Auguesseau, y Joseph-Alexandre-Pierre (1756-1805), vizconde de Séguir, brigadier en 1781 y mariscal de campo en 1788. Su hermano le dedicó unas líneas en las memorias¹, refiriéndose al París de la Revolución:

Aussi mon frère, le vicomte de Séguir, l'un des plus aimables hommes de son temps, met dont l'esprit, ennemi de tout travail pénible, ne voulait prendre de chaque objet que sa fleur, disait assez plaisamment: «Je ne puis souffrir cette révolution, elle m'a gâté mon Paris; et, tandis qu'elle se vante d'une philosophie chimérique, d'un grand amour du bien public, d'une abnégation absolue de tout intérêt privé, elle ne fait qu'étendre à tous l'ambition de quelques-uns: on pourrait la peindre en deux mots: *Ote-toi de là, que je m'y mette*» (t. I, p. 591).

Louis Philippe de Séguir d'Auguesseau obtuvo los cargos de conde del Imperio (en 23/05/08), par de Francia (durante estos años 04/06/1814, 02/06/1815, 01/08/1815 revocado y el 19/11/19 restablecido). Fue, asimismo, mariscal de campo y miembro de la Academia francesa (ocupando el sillón 22). Antoinette hija de Jean-Baptiste d'Aguesseau, conde de Maligny, fue su mujer desde 1777. Los tres hijos habidos en el matrimonio fueron: Louise-Antoinette-Pauline-Laure, Octave, vizconde de Séguir y Philippe Paul de Séguir (1780-1873), conde del Imperio en 1809, además de par de Francia, general de brigada, lugarteniente general y miembro de la Academia francesa (sillón 6).

2. Las Memorias. Las anécdotas

No es mi objetivo en este apartado extenderme sobre el género de las Memorias sobre el que existen bastantes estudios rigurosos. El propio Séguir ofrece una definición de «Memorias» en su obra intentando excusar sus posibles errores o descuidos literarios:

Ce qui fait le charme des Mémoires écrits même avec le plus de négligence, c'est que ceux qui les ont composés s'y montrent en acteurs plus qu'en auteurs. Cependant, s'ils ont le mérite du naturel, l'art leur manque trop souvent, ainsi que l'impartialité; ils ne vous montrent qu'un coin du tableau et dénué d'ornemens, tandis que, de tous les genres d'éloquence, l'histoire et la politique sont ceux où il est le plus nécessaire d'offrir le mélange indispensable d'élegance, de simplicité, de variété, de profondeur, de pratique des hommes et d'habitude des affaires (t. I, p. 171).

El autor es quizá consciente de que su verdad, lo que cuenta como vivencias, es parcial. Ahora bien, ello no impide que, en esta obra, y dejando al margen las posibles opiniones en contra, Séguir haya sabido percibirse del sentido real y profundo

¹ Cito siempre por la edición de 1824 que se referencia al final de este trabajo.

de algunos acontecimientos que presenció. No obstante, él desea dejar constancia de cuál es el objetivo que persigue al escribir sus Memorias:

En lisant ces fragmens de Mémoires ou plutôt ces Souvenirs et Anecdotes, on verra que mon but a été non de faire un tableau historique, mais de tracer une esquisse morale du temps où j'ai vécu (t. I, p 2).

En cuanto a la «anécdota», seré un poco más extensa en mis comentarios pues con este artículo pretendo conocer mejor y adentrarme en los pormenores de este tipo de escritura que ha sido definida por varios autores de entre los cuales citaré a Voltaire y a De Féletz. La siguiente cita es de Voltaire quien definió las anécdotas así: «Les anecdotes sont sur champ reserré où l'on glane après la vaste moisson de l'histoire, ce sont de petits détails longtemps cachés»².

A finales del siglo XVIII, la voz «anécdota» aparecía en los diccionarios de Richelet, Furetière y en l'*Encyclopédie* como sustantivo femenino en plural y en la 4^a y 5^a edición del diccionario de la Academia como sustantivo femenino pero en singular. En su origen, el término aparece relacionado con la historia, pero un tipo de historia marginal o particular con respecto a la denominada «otra gran historia». Se le adjudica el adjetivo «secreto, oculto» y ello puede dar lugar a interpretación positiva, negativa o neutra, es decir, puede presentar un hecho significativo o revelador, o, por el contrario algo que no lo es y que resulta secundario, o, por último, algo que es extraño o curioso. En cualquier caso, Dany Hadjadj ha realizado un estudio semántico de la evolución del término bastante completo del que solo retendré las acepciones de la palabra «anécdota» con los sentidos de «petit fait curieux» y «récit bref d'un petit fait curieux»³. Estos sentidos me parecieron los más acordes con las acepciones del término encontradas en las Memorias de Ségur.

Hice alusión anteriormente a otro autor que definió, asimismo, la «anécdota» era el abad de Féletz. En 1801, emprende una carrera como crítico literario que durará 30 años en el "journal des Débats", publicación que, con el tiempo, se convertirá en el «journal de l'Empire». Algunos de sus artículos se publicaron con el título *Mélange de philosophie, d'histoire et de littérature*. De las reglas principales para contar anécdotas que debía poseer un escritor, Féletz distinguía las de ligereza, verdad y rapidez en el relato⁴. Con ellas procedí a destacar las anécdotas dentro de estas memorias.

Al comenzar el análisis de las mismas seguí los postulados de varios estudiosos sobre el tema. Uno de ellos es el que señala Richard Maber porque las anécdotas literarias constituyen, muchas veces, fuentes únicas de información no sólo sobre el

² Cf. Dany Hadjadj: «L'anecdote au péril des dictionnaires», en Montandon (1990: 16).

³ Ibidem, p. 8.

⁴ Ibidem, p. 16.

autor que las cuenta sino también sobre el tema que se cuenta: «Car l'anecdote devient un jeu de miroirs à double reflet, qui révèle presque autant sur celui qui raconte l'histoire que sur le sujet de l'histoire même»⁵.

Otra definición que he tenido en cuenta para estudiar las anécdotas en el género de las Memorias y, en este sentido se corresponde con lo que he podido analizar, es la de Jean-Claude Delclos: «Petit fait curieux dont le récit peut éclairer le dessous des choses, la psychologie des hommes». «Ce type d'anecdote s'accorde parfaitement avec le souci d'éclairer la personnalité des princes, leur politique, leurs relations, la nature de leurs peuples»⁶.

3. Anécdotas en la obra

La obra examinada *Mémoires ou souvenirs et anecdotes*, está compuesta de tres volúmenes, editados por A. Eymery, en París, en 1825. El autor intercala a lo largo de los mismos las anécdotas que van configurando el entramado de la obra junto a sus recuerdos y comentarios históricos. Mi objetivo es ir dando a conocer este entramado o estructura para llegar a descubrir un mundo que Ségur presenta como apasionante y que desemboca en un conocimiento más completo no sólo de la personalidad del autor, sino también de otros hombres y mujeres, que siendo contemporáneos suyos, dejaron su estela como figuras relevantes en la sociedad y en la política europea de ese entonces.

Para analizar las anécdotas de la obra he procedido de la siguiente manera. He distinguido dos tipos en el total de las mismas. Las primeras serán de carácter personal o más íntimo, es decir las que me parecieron más jugosas por lo pícaras o enternecedoras. A través de las líneas con las que Ségur iba dando a conocer las anécdotas se caía el velo que cubría a los diversos personajes que conoció. A medida que leía me parecía tener delante a esos hombres o mujeres a los que se refería el autor, descubriendo, paulatinamente, en las anécdotas aspectos de su personalidad, hasta ese momento, ignotos, pues si rastreamos la historia yendo tras la huella de estos personajes, nos damos cuenta de que ese rastro, en muchas ocasiones, está desprovisto de calor humano o de esa pizca de sal que se desprende del relato de la anécdota.

Las segundas serán de carácter más bien histórico, social o cultural y las constato por haber tenido una repercusión, ya sea amplia o sencilla, en dichos ámbitos; tanto las unas como las otras aportan datos enriquecedores sobre los personajes tratados o los sucesos vividos por Ségur.

Sin separarlas, no siendo ese mi principal objetivo, quise dar cuenta de ellas sucesivamente, según las fui encontrando a lo largo de la lectura de las memorias.

⁵ Cf. Richard Maber: «L'anecdote littéraire aux XVII et XVIII siècles: les ana», en Montadon (1990: 102).

⁶ Cf. Jean-Claude Delclos: «Du fait divers à l'œuvre littéraire», en Montadon (1990: 186).

En el primer volumen, Ségur pone en antecedentes al lector de quién fue su padre, distinguido militar durante la guerra de los Siete Años y ministro de guerra bajo el reinado de Luis XVI. De talante activo, firme y conciliador influyó mucho en la vida del autor de estas memorias a la hora de seguir sus consejos o tomar decisiones importantes. La primera anécdota a la que se refiere Ségur tiene que ver con su infancia y los actores de la misma son él, su padre y el rey Luis XV. Es una historia que da una idea de la rígida etiqueta que se mantenía ante el rey y de lo que me parece aún más interesante, del carácter generoso de este monarca para con él, pero no para con la tropa. Se trata de una visita que el rey Luis XV realizó a su padre, estando éste último de maniobras con el ejército en Compiègne (1767). Ségur la cuenta con estas palabras:

Après les revues et les manoeuvres, le roi fit à mon père l'honneur de venir souper chez lui. Suivant l'usage, celui qui recevait à sa table le monarque, devait se placer derrière son fauteuil et le servir. Mon père se disposait à suivre cette étiquette; mais Louis XV lui dit: «Vous m'avez assez long-temps servi à la guerre pour vous reposer pendant la paix: Asseyez-vous près de moi, votre fils me servira.» (...) ce prince m'envoya le lendemain deux jolis chevaux de ses écuries et certes c'était le présent le plus agréable qu'à mon âge on pût recevoir (...) La table était servie sous une immense tente; elle était à peu près de cent couverts. Des grenadiers portaient les plats. L'odeur que répandaient ces soldats, dans un lieu étroit et échauffé, blessa la délicatesse des organes du prince. «Ces braves gens, dit-il un peu trop haut, sentent diablement le chausson.» «C'est répondit brusquement un grenadier, parce que nous n'en avons pas.» Un profond silence suivit cette réponse (t. I, p. 31).

En este mismo campamento ocurrió un suceso del que el autor se hace eco mediante otra anécdota. Un desertor del ejército fue llevado a consejo de guerra. La madre de Ségur suplicó al rey para salvarlo y lo consiguió; dicho asunto tuvo una cierta repercusión social, pues a raíz del mismo, el músico Sedaine compuso, como libretista, la ópera *Le Déserteur*. Ségur conoció las obras del músico en los «salons» que frecuentaba en su juventud, «salons» o reuniones de algunas aristócratas famosas, donde se daban cita los sabios y hombres de letras más relevantes del momento y donde se practicaba «el culto de la cultura»⁷. Ségur cita en sus memorias el de Mme Geoffrin, de Mme du Deffand, la duquesa de Choiseul, de Grammont, d'Anville, Mme de Montesson, la mariscal de Luxembourg, etc. (t. I, p. 62).

La siguiente anécdota es la que alude a un duelo que tuvo lugar en Lille, entre él y el lugarteniente de cazadores M. de La Villeneuve por haber ocupado un asiento vacío en el teatro, en una fila en la que estaba prohibido ocuparlos porque se los

⁷ José Vidal-Beneyto (2006): «Salones de París. El culto de la cultura», *El País*. (2/09/2006).

disputaban oficiales de diferentes grados del ejército. Para resolver el problema, el lugarteniente del rey, allí destacado, había prohibido que fuesen ocupados durante el primer acto de las representaciones. Los oficiales protestaron contra esta medida, pero Séjur, de paso en la ciudad y sin conocer este acuerdo, ocupó uno de los asientos vacíos en el teatro, asunto por el que tuvo que batirse en duelo y que provocó la anulación de la prohibición. El tiempo transcurrirá y cinco años después, Séjur se encontró con este oficial, quien, en esta ocasión, chocó su copa con él y no su espada, puesto que ambos acabaron, recordando la anécdota, siendo amigos (t. I, p. 80 y ss.).

En la época en que todo en Francia se ponía en tela de juicio y las disputas se alzaban de todas partes y se relacionaban con la filosofía, la religión, el poder, la libertad y la táctica; en la misma en que se combatían tanto las innovaciones más leves como las más importantes con una increíble actividad de pensamiento, el autor menciona una anécdota que alude al castigo «des coups de plat de sabre» en el ejército. Tal y como se desprende de los meandros de estas memorias, opino que este tipo de anécdotas sociales da fe, en cierta medida, de la realidad histórica que se vivía. Esta pena se infligía a los militares que no hubiesen cumplido con su deber u obligación según un decreto de M. de Saint-Germain:

(...) la cour, la ville et l'armée disputaient avec acharnement pour et contre cette innovation: les uns la vantaient, les autres la blâmaient avec emportement; le bourgeois, le militaire, les abbés, les femmes mêmes, chacun dissertait et controversait sur cet objet (...) Enfin on dissertait gravement pour savoir jusqu'à quel point cette punition physique pouvait agir sur les sens du soldat, pour le forcer par la douleur à se corriger de ses vices, de sa paresse ou de son insubordination (t. I, p. 145).

Hasta tal punto el debate sobre este castigo fue exacerbado que un amigo de Séjur le ruega que pruebe este castigo con él con el fin de saber si es conveniente o soportable para un hombre fuerte, valiente y bien formado, sin que merme su forma física. Este amigo pretende después probarlo con Séjur quien se toma jocosamente el asunto y cuenta así el obstinado empeño de su amigo:

Éclatant de rire à ce propos, je fis l'impossible pour le détourner de ce bizarre dessein (...) il insista (...) enfin j'y consentis, résolu, pour le punir de sa fantaisie, d'y aller *bon jeu, bon argent*. Je me mis donc à l'œuvre; (...) de sorte que ce ne fut qu'après m'avoir laissé répéter une vingtaine de fois cette épreuve, qu'il me dit: "Ami, c'es assez; je suis content, et je comprends à présent que, pour vaincre beaucoup de défauts, ce remède doit être efficace." (...) Un instant de grâce tout n'est pas achevé; il est bon aussi que tu fasses cette épreuve à ton tour. J l'assurai que je n'en avais nulle envie, qu'elle en changerait rien à mon opinion, qui était absolument contraire à une innovation si peu française. (...) Vaincu par ses prières (...) après le premier coup qu'il m'eût donné, loin d'imiter sa constance obstinée, je me

hâtais de m'écrier que c'était assez, et que je me tenais pour suffisamment éclairé sur cette grave question (t. I, p. 143 y ss.).

Ségur y sus amigos se sentían paladines de las nuevas doctrinas y fervientes discípulos de aquellos que las profesaban. Pero, asimismo, se consideraban adversarios de quienes predicaban aún que los tiempos pasados fueron mejores con sus prejuicios, pedanterías y arcaicas costumbres que, en ese momento, parecían ya ridículas.

De entre las nuevas tendencias o modas que se introducían en Francia a finales de siglo, el autor destaca el gusto por lo inglés y el deseo de acercamiento de la juventud francesa a las costumbres y a las leyes inglesas. En cierta manera (incluía a los monarcas), se admiraba, la dignidad, la independencia y la existencia útil de un par inglés. Una de estas costumbres y de las que la reina Marie-Antoinette era entusiasta admiradora fue las carreras de caballos. En otra anécdota de este primer volumen se cuenta cómo la corte en pleno acudía tranquilamente a ellas; era tal el interés que suscitaban las carreras y las apuestas que allí se sucedían, que se hacía la vista gorda ante la desobediencia de algún que otro personaje público que, como el conde de Lauraguais, (conocido también como duque de Brancasy exiliado a causa de la audaz originalidad y atrevimiento de sus escritos) tenía prohibido estar allí (t. I, p.154) y, sin embargo, asistía. Sobre el conde de Lauraguais observé que Ségur se extiende en alguna que otra aventura y comentario sobre su proceder, quizás porque lo admiraba por su intrepidez en los combates, o por las libertades de que hacía gala en sus escritos caracterizados por la paroja o la ironía. Entre todo lo que Ségur narra sobre este personaje, al que conoció y con el que departió en algunos momentos de su vida, he entresacado la siguiente anécdota que me parece interesante: «Ce fut M. le comte de Lauraguais qui, le premier, fit voir aux Parisiens, dans la plaine des Sablons, une course avec des chevaux et des jockeys anglais» (t. I, p. 159).

El revuelo que causó el regreso del Voltaire octogenario a París fue extremo y Ségur deja constancia de ello en sus memorias. La sociedad lo aclamaba como a un dios pero el entorno de la corte y, en particular Luis XVI, eran aún reticentes a su llegada, negándose a recibir a un escritor cuyos dardos habían herido de muerte las antiguas creencias y doctrinas veneradas por todos. El encuentro con Voltaire tuvo lugar en París, en casa de sus padres. Allí acudió el filósofo, dos o tres veces, para visitar a la madre de Ségur enferma y la impresión que le causó al conde fue la siguiente:

Sa maigreur me retranchait ses longs travaux; son costume antique et singulier me rappelait le dernier témoin du siècle de Louis XIV, l'historien de ce siècle et le peintre immortel de Henri IV. Son oeil perçant étincelait de génie et de malice; on y voyait à la fois le poète tragique l'auteur d'*Oedipe* et de *Mahomet*, le philosophe profond, le conteur malin et ingénieux, l'esprit observateur et satirique du genre humain; son corps mince et voûté n'était

plus qu'une enveloppe légère, presque transparente, et au travers de laquelle il semblait qu'on vit apparaître son âme et son génie (t. I, p. 191).

Cuando Ségur pudo mantener, finalmente, una pequeña conversación con Voltaire fue al final de la segunda visita que realizó a su madre. A lo largo de la misma, el filósofo le da unos consejos y alaba su gusto por la poesía dando muestras de la pasión que sentía el escritor por ella:

Quoi qu'il en soit, Voltaire charma mon amour propre, en me parlant avec grâce et finesse de ma passion pour les lettres et de mes premiers essais; (...) "D'après ce qu'on m'a dit, et dans votre position, vous êtes destiné à de plus graves occupations. Vous avez bien fait de commencer à vous exercer en écrivant des vers; car il est bien difficile que celui qui ne les a point aimés, et qui n'en connaît ni l'art ni le charme, puisse jamais parfaitement écrire en prose. Allez, jeune homme, recevez les voeux d'un vieillard qui vous prédit d'heureux destins; mais souvenez-vous que la poésie, toute divine qu'elle est, est une sirène" (t. I, p. 199).

En la misma época en que Francia parecía destacar en el exterior por las guerras de independencia americana, en sus numerosas conquistas en las Antillas, en Senegal, etc., en el interior, la opinión pública se irritaba cada vez más por los errores de la administración y la ineeficacia de sus ministros. Un combate entre el poder y la libertad era palpable en el seno de la sociedad. Ségur cuenta la siguiente anécdota que tiene que ver con la dureza de la censura inquisitorial en España:

Le bailli Durotlet, auteur de l'opéra *d'Iphigénie*, reçut au foyer de la comédie, des affronts sanglans, pour avoir parlé avec mépris du ministre disgracié. (...) un membre de l'académie française, un de nos meilleurs historiens, l'abbé Millot, vit son *Histoire* condamnée en Espagne par l'Inquisition; le célèbre Olavidès⁸ qui venait de défricher et de civiliser la Sierra Morena, fut jeté dans les prisons de ce farouche tribunal, parce qu'il avait traduit en espagnol l'ouvrage de l'abbé Raynal. Je me souviens de lui avoir entendu dire, lorsqu'il se fut échappé de son cachot, qu'un des chagrin les plus insupportables de sa captivité avait été de se voir condamné, pour pénitence, à lire matin et soir les œuvres de frère Louis de Grenada et celles d'un autre moine aussi stupide: Eh bien, lui répondis-je, voilà le supplice des anciens renouvelé; vous avez été *damnatus ad bestias* (t. I, p. 294 y ss.).

Durante los siete años que duró la vida ministerial de su padre, el conde de Ségur cuenta una de sus anécdotas más ruidosas de cara a la opinión pública. Se

⁸ Olavide, escritor peruano, expulsado de Perú hacia 1760, desplegó en España sus dotes de administrador, pero lo vuelven a expulsar años después por causa de su liberalismo ilustrado y se refugia en Francia. Se cuenta que era amigo de Diderot, de Voltaire, de Marmontel y de Raynal, etc., y uno de los grandes lectores del Inca Garcilaso.

trataba de un decreto atribuido a su padre por el que todo el mundo en Francia creía que este ministro había excluido al Tercer Estado del servicio militar, exigiéndoles pruebas de nobleza verificadas por el genealogista de la corte M. Chérin en caso de que quisiesen obtenerlas. Sin embargo, después de este decreto, el Tercer Estado tuvo más facilidad que en el pasado para seguir la carrera militar (t. I, p. 311 y ss.). Ségur añade que a su padre se deben muchas reformas en el seno del ejército como el asunto de que se acostasen dos soldados, en lugar de tres, en un mismo lugar, o que los hospitales militares albergasen enfermos mejor cuidados. Fue también el primero en concebir la idea de crear el cuerpo de la artillería ligera y el del estado mayor.

La impresión que le causó la vista de las Canarias en su travesía hacia América es digna de mención. Las líneas en las que narra brevemente y como hecho curioso o anecdótico, lo que vio, a bordo de la fragata *La Gloire*, en la cual partió de Brest en 1782, constituyen una anécdota llena de connotaciones épicas. Como joven oficial deseoso de méritos y de encontrar en tierras americanas el germen de la independencia, «partiendo a la guerra en nombre de la filantropía», como él mismo explica, su visión de las Azores y de Canarias le recuerda la leyenda de la Atlántida. En particular, la ruta mercante por Canarias se ve favorecida, según cuenta, por los vientos alisios:

L'archipel des Açores appartient aux Portugais (...) nous trouvant près de Tercère, la principale île des Açores, et dont Angra est la capitale, nous y allâmes, comptant pouvoir y mouiller. (...) A l'aspect de ces îles, ainsi qu'à celui des îles du Cap Vert et des Canaries, à la vue de ces groupes d'amphithéâtres et de montagnes qui s'élèvent isolées au-dessus de la surface du vaste Océan, il ne semble pas possible de douter de l'existence antique d'un continent submergé par une des grandes révolutions de notre globe. Indépendamment de toutes les observations nouvelles faites à cet égard par nos savans, un coup d'œil suffit pour démontrer que ces archipels sont les sommets de quelque chaîne de montagnes de cet ancien continent englouti, depuis depuis plusieurs milliers d'années par les eaux. (...) Il est difficile de croire qu'autrefois les Atlantes aient conquis une partie de l'Europe et de l'Afrique et que le peuple d'une seule ville, telle qu'Athènes, ait battu, chassé et détruit ces fiers conquérants; mais, cette exagération à part, on ne peut avoir vu les Açores, et douter de l'existence et de la submersion de l'Atlantide. (...) le vaisseau marchand qu'il abandonna, ayant poursuivi sa route jusqu'aux Canaries où il trouva les vents alizés, arriva, favorisé par eux, le même jour que nous à l'embouchure de la Delaware (t. I, p. 331 y ss.).

Reflexiones, hechos y anécdotas se diseminan por toda la obra haciendo de ella un cuadro descriptivo no sólo de los personajes célebres del momento sino también de las situaciones que se encuentra a medida que, en su largo recorrido americano, va conociendo por vez primera la historia y costumbres de los lugares que atraviesa.

Si pensamos en las civilizaciones perdidas en nombre del progreso la siguiente frase puede considerarse como un pensamiento vigente, aún hoy en día, y causaría cierta tristeza a algún filántropo: “*Partout où les hommes civilisés se montrent, les hommes sauvages disparaissent*” (t. I, p. 428). El autor se refería aquí a la casi total desaparición de la tribu india de los Naraganset pobladores, en otro tiempo, del valle donde se ubica la actual ciudad americana de Providence.

En su andadura por tierras americanas tuvo ocasión de encontrarse con M. Prudon, lugarteniente de la ciudad de Vittoria, en donde Ségur asistió a una corrida de toros cuyo espíritu desdeñaba en favor de las reuniones de *salon* que él conocía y prefería:

Nous eûmes dans cette ville l'amusement de voir sur la grande place un combat de taureaux, jeu triste cruel et propre à maintenir la barbarie des mœurs. Nous jouîmes chez le gouverneur d'un passe-temps plus doux, celui d'une soirée où se trouvaient réunis les hommes les mieux élevés et les plus jolies femmes de la ville (t. I, p. 490).

El gobernador de Caracas Fernand González le cuenta cómo la América española se había librado de un azote llamado “lepra de Cartagena” refiriéndole la anécdota de una mujer anciana de Guatemala, quien habiendo contraído el mal, fue curada por unos indígenas comiendo trozos de lagarto crudo que el propio Ségur tuvo ocasión de probar. De vuelta a Francia, comunicó el hecho a algunos médicos que reaccionaron con indiferencia (t. I, p. 502):

Une vieille nègresse, chassée inhumainement d'une habitation parce qu'elle était atteinte de la lèpre, ayant été rencontrée par une tribu sauvage, dans le bois où elle errait, elle avait vu avec surprise ces hommes s'approcher d'elle sans crainte et l'emmener avec eux. Arrivés dans leurs cavales, ils la traitèrent, la guériront, mais ils la retinrent en servitude, pour qu'elle n'apprît point aux Européens le secret de sa guérison (...) la pauvre nègresse s'étant échappée (...) elle apprit à ses maîtres que les sauvages l'avaient guérie en lui faisant avaler chaque jour, pendant trois semaines un lézard cru et coupé en morceaux (...) le gouverneur me fit voir deux de ces lézards, j'en mangeai même quelques morceaux (t. I, p. 500 y ss.).

Sobre el oficial del estado mayor M. Linch y amigo suyo embarcado hacia la América española, cuenta la siguiente anécdota que pone de manifiesto la singular intrepidez del inglés:

Linch, après avoir fait la guerre dans l'Inde, servit, avant d'être employé à l'armée de Rochambeau, sous les ordres du comte d'Estaing; il se distingua particulièrement au siège trop mémorable de Savannah. M. d'Estaing, dans le moment le plus critique de cette singulière affaire, étant à la tête de la colonne droite, charge Linch de porter un ordre très urgent à la troisième colonne, celle de gauche. Les colonnes se trouvaient alors à portée de mitraille des retranchemens ennemis; de part et d'autre on faisait un feu

terrible. Linch, au lieu de passer par le centre ou par la queue des colonnes, s'avance froidement au milieu de cette grêle de balles, de boulets, de mitraille que les Français et les Anglais se lançaient mutuellement. En vain M. d'Estaing et ceux qui l'entouraient crient à Linch de prendre une autre direction; il continue sa marche, exécuté son ordre, et revient par le même chemin, c'est-à-dire sous une voûte de feu, où l'on croyait à tous momens qu'il allait tomber en pièces: «Morbleu! lui dit le général en le voyant arriver sain et sauf, il faut que vous ayez le diable au corps; eh! pourquoi donc avez-vous pris ce chemin où vous deviez mille fois périr?» «Parce que c'était le plus court,» répondit Linch (t. I, p. 512).

Su impresión sobre América Central (por ejemplo de la isla de Santo Domingo) es la de una tierra inulta, bárbara y salvaje; con una naturaleza maravillosa y siendo unas tierras muy ricas, estaban controladas por una administración ignorante, ávida de riqueza, arbitaria e intolerante. Esta parte de América permanecía aún, tal y como hace constar Ségur en sus memorias, en el mismo estado en el que la encontró Cristóbal Colón a su llegada al continente americano. El 30 de abril de 1783, el conde de Ségur inicia su vuelta a Francia, viaje que duró algo más de mes y medio. Nada más llegar a suelo francés se entera de que su padre es nombrado mariscal de Francia y de que sigue siendo aún ministro, hecho que le sorprende dado lo efímero de estos cargos.

El relato de las anécdotas contenidas en el II volumen de Memorias, comienza ofreciéndonos la visión de su país al regreso de su viaje por América:

Je trouvai à mon retour la tour et la société de Paris plus brillantes que jamais, la France fière de ses victoires, satisfaite de la paix, et le royaume avec un aspect si florissant, qu'à moins d'être doué du triste don de la prophétie, il était impossible d'entrevoir l'abîme prochain vers lequel un courant rapide nous entraînait. (...) Nous étions fiers d'être Français et plus encore d'être Français du dix-huitième siècle, que nous regardions comme l'âge d'or ramené sur la terre par la nouvelle philosophie (t. II, p. 28).

La sociedad que retrata el conde de Ségur bajo el joven rey Luis XVI es una sociedad que imitaba a la envidiaba Inglaterra, con el deseo de instaurar en el suelo francés las instituciones y la libertad existentes en aquel país. Para distinguir esta sociedad de la de épocas pasadas, hemos entresacado estas reflexiones del conde:

Nous commençâmes aussi à avoir des clubs les hommes s'y réunissaient, non encore pour discuter, mais pour dîner, jouer au disk et lire tous les ouvrages nouveaux. (...) Dans le commencement son premier résultat fut de séparer les hommes des femmes, et d'apporter ainsi un notable changement dans nos moeurs: elles devinrent moins frivoles, mais moins polies; plus fortes, mais moins aimables: la politique y gagna, la société y perdit. (...) Notre jeune roi, par l'exemple de sa vie privée, avait ressuscité chez nous la

décence. On ne peut bannir la galanterie de France; c'est, je crois, son sol natal. Mais au moins alors elle se couvrait d'un voile (t. II, p. 33).

Con estas citas se puede entender mejor el cambio de moralidad acaecido en Francia a finales de siglo. La anécdota sobre una nueva costumbre de la reina María Antonieta puede añadirse a la perspectiva anterior de los nuevos cambios sociales narrados por el autor:

Marie-Antoinette fut la première reine de France qui admit chez elle des hommes à sa table. L'étiquette se relâchait de sa sévérité, en même temps que la morale du monde devenait plus rigide. (...) les femmes, se montrant zélés disciples de Jean-Jacques Rousseau faisaient de leurs devoirs de mère leurs plus doux plaisirs (t. II, p. 37).

A propósito de la condecoración de la asociación americana de Cincinnatus que le envió el ilustre general Washington, Ségur cuenta cómo fue considerada en Francia por los ociosos, a quienes la mínima novedad atrae, como una orden de caballería. Se confundió así una institución democrática con una distinción aristocrática. Cuando Ségur fue nombrado, además, comendador de San Lázaro y caballero de San Luis, refiere la anécdota de un distinguido coronel y buen oficial, pero de poca cultura y con frecuentes faltas cómicas en el lenguaje, quien se dirigió a él de este modo:

«Te voilà, mon ami, riche en saints, car tu en as trois: saint Louis, Saint Lazare et saint Cinnatus. Mais, pour ce dernier saint, je me donne au diable si je sais où nos amis de l'Amérique ont été le déterrer.» Or notez que lui-même avait été en Amérique et venait de recevoir cette décoration (t. II, p. 46).

El conde de Aranda, embajador de España en Francia utilizaba casi siempre al hablar la coletilla «entendez-vous?» «comprenez-vous?», a él acude Ségur en busca de sus útiles consejos ante la carrera político-diplomática que va a emprender en Rusia. Aranda le explica cuál es el fin de la política en unas páginas en las que, como si tratara de un breve curso, se pone de manifiesto que, por parte de todos los países, el fin de la misma es el interés (t. II, p. 97).

Las anécdotas que se cuentan sobre el rey de Prusia, Frédéric II, reflejan un rey sarcástico y pícaro al que le gustaba poner a sus interlocutores en situaciones embarazosas pero que, al mismo tiempo, no se irritaba por ser la diana de una respuesta pícara o maliciosa sino que al contrario, el autor de la misma era para él digno de estima:

Un jour, voyant venir son médecin, il lui dit: «Parlons franchement, docteur; combien avez-vous tué d'hommes pendant votre vie?» «Sire, répondit le médecin, à peu près trois cent mille de moins que votre majesté.» La première fois qu'il vit le marquis de Luchesini, italien très spirituel, qui fut depuis admis dans son intimité et devint plus tard ministre de son

successeur, il lui dit : «Voit-on encore, monsieur, beaucoup de marquis italiens voyager partout et faire dans toutes les cours le métier d'espions?» «Sire, répondit M. de Luchesini, on en verra peut-être tant qu'il se trouvera des princes allemands assez plats pour décorer de leurs ordres des hommes qu'ils chargent d'un rôle si vil.» Par là, le marquis faisait allusion à un espion italien, auquel un empereur d'Allemagne avait accordé la décoration de la Toison d'Or (t. II, p. 123).

Au moment de paraître à un cercle, un jour de gala, on vint l'avertir que deux dames se disputaient le pas près d'une porte avec une vivacité et une opiniâtreté scandaleuse. «Apprenez-leur, dit le roi, que celle dont le mari occupe le plus haut emploi doit passer la première.» Elles le savent, répond le chambellan, mais leurs maris ont le même grade. «Eh bien, la préséance est pour le plus ancien.» «Alors, reprend le monarque impatienté, dites-leur de ma part que la plus sotte passe la première» (t. II, p. 124).

Otra anécdota o «trait» del rey Frédéric II que Ségur destaca es la que hace referencia a la impresión que tenía de los franceses y a su pretendida ligereza:

Un jour, à l'un de ces diners où le roi, pour rendre la conversation plus libre, permettait une entière familiarité, Frédéric s'amusa à demander à ses convives ce que chacun d'eux ferait s'il était à sa place. Les uns répondirent qu'ils feraient telles ou telles conquêtes; les autres, telles ou telles réformes, telles ou telles institutions. «Et vous, marquis d'Argens?» dit le roi. «Moi, sire? répondit le marquis; ma foi, je vendrais mon royaume, et j'achèterais une bonne terre en France, pour en manger les revenus à Paris.» «En vérité, reprit Frédéric, voilà un propos bien français! (t. II, p. 130).

Este rey también cuenta a Ségur, antes de partir de Berlín, varias anécdotas sobre la salud, la corte y los favoritos de Catalina de Rusia.

Sobre la dureza de los gobernadores rusos en el trato con sus siervos, Ségur relata la anécdota de un cocinero francés que viene a quejarse de haber recibido cien latigazos sin saber por qué. Conocido el hecho le promete indagar en el asunto para buscar una explicación de un trato así infligido a uno de sus compatriotas. Una vez desvelada la incógnita suscitada con esta anécdota se supo que el cocinero francés se había presentado al puesto libre dejado por el ruso, el cual había desertado de su trabajo por robo. El gobernador y conde de Bruce ordenó que buscasen al ladrón. Al presentarse en el despacho del gobernador el cocinero francés para reemplazar al ruso huido, el gobernador, de espaldas, no vio de qué cocinero se trataba y lo mandó castigar. Ello explica que el francés recibiera los latigazos destinados al ruso. Esta es una crítica solapada que Ségur realiza más de una vez en sus memorias (t. II, p. 246 y ss.), del poder arbitrario de los amos en Rusia sobre sus siervos o, a veces, de los casos en que la voluntad u órdenes de los príncipes son irreflexivas o precipitadas. Tal es el asunto de otra anécdota o «fait» que, en realidad, es una pequeña historia que cuenta un malentendido. En esas líneas se relata cómo la emperatriz Catalina ordenó al jefe

de su policía “empailler” a un banquero de nombre Suderland (t. II p. 253). Este jefe siguió sus órdenes receloso, sin saber por qué la princesa quería infligir ese suplicio a uno de sus banqueros favoritos. La emperatriz exigió que cumpliera la orden en seguida, no entendiendo por qué este jefe de su policía dudaba y pensando que creía tal comisión por debajo de su dignidad. Suderland suplicó que antes de morir le dejassen escribir a la emperatriz para esclarecer el asunto, el jefe de policía lleva el escrito a Catalina quien, rápidamente, libra a este hombre de la pena. El malentendido residía en que habían confundido la persona del banquero Suderland con un perro muy querido por la emperatriz y con el mismo nombre del banquero. El perro, que acababa de morir, fue regalado a Catalina por un inglés y ella había ordenado a Reliew, el jefe policial, que lo disecaran.

La anécdota que inició la relación entre el príncipe Potemkin y Catalina le fue contada a Ségur por el propio príncipe. Éste tenía 18 años cuando se enamoró de la emperatriz, la cual había destronado a Pedro III. Siendo uno de sus oficiales y en una ocasión en que Catalina quería una espada, Potemkin le ofreció la suya que ella aceptó. Cuando el oficial quiso alejarse en su caballo, lo ocurrido fue según Ségur lo que sigue:

Un heureux hasard fixa sur lui l'attention: Catherine, tenant à la main une épée, voulait avoir une dragonne; Potemkin s'approche et lui offre la sienne; elle l'accepte, il veut respectueusement s'éloigner; mais son cheval accoutumé à l'escadron, s'obstine à rester près du cheval de l'impératrice. Cette opiniatreté la fait sourire; elle examine avec plus d'intérêt le jeune guerrier, qui malgré lui, se serre si près d'elle; elle lui parle. Sa figure son maintien, son ardeur, son entretien lui plaisent également; elle s'informe de sa famille, l'élève au grade d'officier, et bientôt lui donne une place de gentilhomme de la chambre dans son palais. Ainsi ce fut l'entêtement d'un cheval rétif qui le jeta dans la carrière des honneurs, de la richesse et du pouvoir (t. II, p. 262).

La primera anécdota que transcribo del tercer volumen de memorias es la que se refiere al príncipe Repnin, embajador ruso en Polonia. En dicha anécdota o “trait” el embajador es descrito como un personaje que se caracteriza por sus muestras de altivez y de orgullo:

Un jour à Varsovie, le roi Stanislas, assistait à la représentation d'une pièce de théâtre; le premier acte était déjà joué lorsque l'ambassadeur russe arriva dans sa loge: choqué de voir qu'on ne l'avait pas attendu, il fait baisser la toile, et ordonne de recommencer la pièce (t. III, p. 17).

La anécdota en la que se describe a M. Mercier de La Rivière, autor de la obra *De l'Ordre natural et essentiel des sociétés politiques*, e invitado de la emperatriz Catalina en Rusia para conocer sus postulados sobre economía política, es otro ejemplo de altivez y orgullo descrito por Ségur pero, esta vez, en otro personaje. Fue

la propia Catalina quien relató a Séguir el hecho y en el relato de la anécdota este hombre aparece como alguien vanidoso y pretencioso. Sin embargo, a pesar de los sueños de primer ministro que Mercier de la Rivière albergaba al llegar a Rusia, y de los que le desengaño la emperatriz, ambos conservaron una buena amistad (t. III, pp. 39-40).

Diderot quiso que Catalina de Rusia conociese a M. de la Rivière y fue, asimismo, este filósofo y su relación con la emperatriz el objeto de otra anécdota, descrita en las memorias, sobre uno de los filósofos más importantes del siglo XVIII francés y europeo. Catalina había comprado la biblioteca a Diderot por 150.000 francos que luego le dejó, así como una casa en París, mientras que, paradójicamente, Diderot fue perseguido y encarcelado en Francia:

(Catalina) Si je l'avais cru, tout aurait été bouleversé dans mon empire; législation, administration, politique, finances, j'aurais tout renversé pour y substituer d'impraticables théories. (...) Alors lui parlant franchement, je lui dis: Monsieur Diderot, j'ai entendu avec le plus grand plaisir tout ce que votre brillant esprit vous a inspiré; mais avec tous vos grands principes, que je comprends très bien, on ferait de beaux livres, et de mauvaise besogne. Vous oubliez dans tous vos plans de réforme la différence de nos deux positions: vous, vous ne travaillez que sur le papier, qui souffre tout; il est tout uni, souple, et n'oppose d'obstacles ni à votre imagination ni à votre plume; tandis que moi, pauvre impératrice, je travaille sur la peau humaine, qui est bien autrement irritable et chatouilleuse. (...) Dès ce moment il ne me parla plus que de littérature et la politique disparut de nos entretiens» (t. III, p. 43).

Durante el viaje en el que acompañaron a la emperatriz a Crimea, Séguir y el príncipe de Ligne sintieron curiosidad por ver sin velo a tres mujeres mahometanas y se ocultaron para verlas mejor. La anécdota es explicada por Séguir y pone de manifiesto la ironía del príncipe de Ligne:

Nous nous glissâmes derrière les arbres, en évitant de faire le bruit le plus léger, et nous arrivâmes heureusement en face d'elles et masqués par un buisson. Comme les voiles de ces femmes étaient à terre près d'elles, nous pûmes les regarder tout à notre aise. Mais, Hélas! quel désappointement! aucune n'était ni jolie, ni jeune, ni même passable. «Ma foi, s'écria inconsidérément mon compagnon, Mahomet n'a pas tant de tort en voulant qu'elles se cachent» (t. III, p. 191).

En otra anécdota se aborda el asunto del regalo que el príncipe Potemkin quiere hacer al conde de Séguir, ello es una joven circasiana que el conde ve y cuyo parecido físico con su mujer le resulta sorprendente. He aquí el asunto tal y como lo cuenta el autor:

«La ressemblance est-elle donc si parfaite? » me dit-il. «Complète et incroyable,» lui répliquai-je. «Eh bien! *batushka* (moj petit père) reprit-il en

riant, cette jeune Circassienne appartient à un homme qui m'en laisserait disposer; et, dès que vous serez à Pétersbourg Je vous en ferai présent.» «Je vous remercie dis-je à mon tour; je ne l'accepte point et je crois qu'une telle preuve de sentiment paraîtrait fort étrange à Madame de Ségur» (t. III, p. 204).

Este tipo de anécdotas sirve para dar a conocer mejor las costumbres del pueblo ruso en la época de la Ilustración. En estas líneas se pone de manifiesto el valor concedido a una mujer perteneciente a un pueblo subyugado por un relevante militar ruso, contemporáneo de Ségur, como fue el príncipe Potemkin. Ante el rechazo de Ségur a aceptar este regalo, Potemkin decide entonces regalarle un niño kalmouk, del que el conde se ocupó durante algún tiempo.

El 11 de octubre de 1789, Ségur partió de Petersburgo a Francia después de haber pasado 5 años en suelo ruso (t. III, p. 531). Había salido de Francia con destino a Rusia en diciembre de 1784. En su viaje de regreso pasó por Viena donde tuvo ocasión de visitar en audiencia al emperador Joseph II, por ese entonces bastante enfermo. Asimismo, tuvo ocasión de visitar al ministro y príncipe de Kaunitz, acompañado del embajador de Francia en Viena, el marqués de Noailles. La anécdota en que se refiere este encuentro, marcado por la ironía en las respuestas de ambos diplomáticos, pone de manifiesto que Ségur también sabía mostrarse irónico si la situación lo requería:

A la fin du diner, adressant la parole, d'une voix haute, au marquis de Noailles, il lui dit: «J'ai reçu, monsieur l'ambassadeur, des nouvelles de France: on y pille, on y égorgue plus que jamais: toutes les têtes y sont renversées; c'est un pays attaqué de démence et de frénésie.» Je croyais que l'ambassadeur allait répondre; mais il garda le silence, croyant sans doute, que ce silence était une improbation assez marquée d'une sortie si inconvenante. Moi, plus jeune, assez impatient, et ne pouvant alors me contenir, je dis très haut : «Il est vrai, mon prince, que la France, dans ce moment, est attaquée d'une fièvre très ardente; on prétend même que cette maladie est contagieuse, et qu'elle nous est venue de Bruxelles» (t. III, p. 560).

El estado de ánimo del conde de Ségur ante los acontecimientos tan dramáticos que le tocó vivir era de entusiasmo pero al mismo tiempo de temor. Su descripción de los «salons» parisinos de la época revolucionaria resulta interesante y merece la pena transcribirla por sus variados aspectos desde el punto de vista anecdótico y social:

J'employais mes soirées à parcourir les différens cercles de la capitale, à revoir ces sociétés qui avaient fait le charme de ma jeunesse. Je les retrouvaï plus vives, plus spirituelles, plus animées que jamais, (...) Cependant elles semblaient avoir perdu pour moi leur plus aimable attrait; on n'y voyait plus

cette douceur, cet atticisme, cette urbanité, qui en avaient fait si long-temps la véritable école du goût et de la grâce.

Les passions politiques, en s'introduisant dans nos salons, les avaient presque métamorphosés en arènes, où les opinions les plus opposées se choquaient et se heurtaiient sans cesse. On ne discutait plus, on disputait; le seul et éternel sujet de conversation était cette politique, qui ne permettait que bien rarement aux arts, aux muses, à la galanterie, de varier les entretiens. (...) Les femmes perdaient beaucoup à ce grand changement. Rien ne leur sied plus mal que les passions politiques. (...) Cependant plusieurs d'entr'elles brillaient, dans ces entretiens philosophiques, (...) je n'en citerai qu'une seule, madame de Staël (t. III, p. 590 y ss.).

4. Conclusiones

Realizado el análisis de las anécdotas más interesantes de la obra desde mi punto de vista, debo señalar dos aspectos que han salido a la luz a medida que leía. Por un lado, he intentado valorar la anécdota real con respecto al hecho histórico, por otro, he intentado establecer una diferencia entre la anécdota histórica, la real y la personal. De esta última manera, me he percatado que si Ségar la señala o la almacena es porque esa anécdota le ha dejado huella de alguna manera. Tal es el caso de aquélla en que cuenta cómo conoció al rey Louis XV.

En algunas ocasiones, la tarea de captar la anécdota en el entramado de las memorias me pareció laboriosa porque Ségar oscila entre la anécdota y el recuerdo. Otras veces me ha parecido estar leyendo un cúmulo de recuerdos utilizados para dejar constancia de algún momento, especialmente subjetivizado por el autor. Un ejemplo es el estremecedor y conmovedor relato de los acontecimientos que la reina María Antonieta le cuenta sobre los días previos a la toma de la Bastilla (final del tercer volumen de memorias).

En algún momento pude comprender al autor, quien, como partidario de una alianza entre España, Francia, Rusia y Austria para hacer frente a Inglaterra y Prusia, vio frustradas sus meticulosas y laboriosas tareas como embajador en Rusia. Sus esperanzas en aras de regular la política europea de entonces, no se cumplieron pues nunca se firmó ese acuerdo a pesar de sus insistentes trámites con Versalles para que se llevara a cabo. En varios momentos confiesa cuán penosa y delicada se volvió su misión en Rusia, una vez que el rey le comunicó a través de sus ministros que la firma de esta alianza se dilataba, (t. III, p. 426, p. 473 y ss.).

Ségar, fue, además, un valiente acusador que tomó partido, definiendo su posición, contra el cardenal Dubois, arquetipo de oprobio para su orden y para la nación francesa (t. I, p. 149).

Demostró, asimismo, ser un sagaz y agudo observador al definir la época de su juventud como una época llena de contrastes, en la que nada hacía presagiar el odio o la discordia que más tarde imperó con el estallido de la Revolución:

Jamais on en vit plus de contraste dans les opinions, dans les goûts, et dans les moeurs: au sein des académies, on applaudissait les maximes de la philanthropie, les diatribes contre la vain gloire, les voeux pour la paix perpétuelle; mais en sortant, on s'agitait, on intriguaient, on déclamaient, pour entraîner, le gouvernement à la guerre. Chacun s'efforçait d'éclipser les autres par son luxe, à l'instant même où l'on parlait en républicain et où l'on prêchait l'égalité. Jamais il n'y eut à la cour plus de magnificence, de vanité, et moins de pouvoir. On frondait les puissances de Versailles, et on faisait sa cour à celles de l'Encyclopédie. (...) Enfin on parlait d'indépendance dans les camps, de démocratie chez les Nobles, de philosophie dans les bals, de morale dans les boudoirs. (...) Au reste, (...) au milieu de ce conflit entre des opinions, des systèmes, des goûts et des voeux si opposés une douceur, une tolérance dans la société, qui en faisaient le charme (t. I, p. 164 y ss).

La opinión que le merecía el rey Luis XVI, en la época de la insurgencia americana contra los ingleses, era la del hombre más honesto y moral de su tiempo (t. I, p. 173). Lo respetaba por esas cualidades y a lo largo de las memorias no se desprendió, en ningún momento, que tomase partido en su contra.

El conde de Ségar fue un hombre siempre prudente a la hora de lanzarse a aventuras individuales (t. I, p. 177).

Su cultura y amplia visión de la sociedad americana se pone de manifiesto en el detallado cuadro que ofrece sobre la variedad de cultos y costumbres, en los diferentes estados americanos, introducidos por las naciones europeas llegadas a América. Resulta bastante completo como para no mencionarlo y con ello pretendo dar una idea de la profunda y rica perspectiva histórica del autor, quien dejó constancia, en sus memorias, de cómo se temía en América, en un primer momento, que los recién llegados europeos no pudieran convivir en paz:

Tels furent les motifs qui décidèrent un grand nombre de Hollandais à porter dans la Nouvelle Angleterre, à New York, leur activité commerciale, des Suédois à venir labourer les champs de New-Jersey et de la Delaware; les presbytériens de la Grande-Bretagne cherchèrent à Boston un abri contre les persécutions religieuses; les anabaptistes allemands, les catholiques irlandais, dépouillés de leurs biens coururent demander du repos et un abri en Pensylvanie; enfin un grand nombre de Français protestans se refugièrent dans les Carolines. Pour tant d'opprimés la liberté était non seulement un besoin, mais une passion. (...) De plus, la multiplicité des cultes rendit parmi eux la tolérance indispensable (t. I, p. 439).

Los innumerables retratos de los personajes que conoció y que le dejaron huella, merecen ser objeto de estudio aparte. Citaré, de entre muchos, el del general

Washington, el del vicegobernador de Caracas, coronel don Pedro de Nava, el de M. de Vergennes, el de M. de Calonne, el del duque de Lauzun compañero de armas, del que cuenta una anécdota sobre su intrepidez en la guerra americana cerca de Yorktown salvando a uno de sus soldados en retirada.

El de don Félix, capitán de milicias y lugarteniente del rey en Maracay, personaje que le da cuentas de la desastrosa administración española en las colonias, objeto y causa de las revueltas indígenas como la del cacique inca Tupac-Amarou.

Los del rey Frédéric II de Prusia, de la emperatriz Catalina de Rusia, del príncipe Potemkin, quien se creía por encima de las leyes, del príncipe de Ligne son otros tantos ejemplos.

En sus descripciones del pueblo turco e inglés, sin llegar a mencionarse como anécdotas, habría bastantes aspectos que comentar, sin embargo, no forman parte del objetivo de este artículo. Algunas veces se diría que se deja llevar por las impresiones de conocidos para describir al imperio otomano, el cual no deja muy bien el informe que le remitió el ingeniero Lafite enviado a Constantinopla por su padre (t. II, p. 321), en donde se mencionan sus rasgos de imbecilidad, así como la ignorancia y testarudez del pacha. Podemos comprender la mala opinión con respecto al mismo pueblo que tenían el príncipe Potemkin y Catalina por la política de entonces y los afanes de conquista de dos mandatarios en lucha constante contra la expansión del imperio otomano. El primero dijo en una ocasión que «l'existence des musulmans est un véritable fléau pour l'humanité» (t. II, p. 350). Sobre lo que apuntó la emperatriz Catalina podemos ofrecer unas breves líneas:

Elle se plaisait beaucoup à nous parler souvent de la barbarie, de la mollesse, de l'ignorance des musulmans, et de la stupide existence de leurs sultans, dont l'horizon ne s'étendait pas plus loin que les murs de leur harem. « Ces despotes imbéciles, disait-elle exténues par les voluptés du séraï, dominés par leurs ulémas, et captifs de leurs janissaires, ne savent ni penser, ni parler, ni administrer, ni combattre; leur enfance est éternelle» (t. III, p. 14).

«Oui, me disait-elle parfois en riant, vous ne voulez-pas que je chasse de mon voisinage vos enfans les Turcs: vous avez là, en vérité, de jolis élèves; (...) Si vous aviez des pareils voisins en Piémont ou en Espagne, qui vous portassent annuellement la peste, la famine, et s'ils vous tuaient ou vous enlevaient tous les ans une vingtaine de mille hommes, trouveriez-vous bon que je les prise sous ma protection? Je crois que c'est bien alors que vous me traiteriez de Barbare » (t. III, p. 24).

En otro ejemplo narra pormenorizadamente las costumbres de las tribus del Cáucaso, de las que tuvo conocimiento por sus viajes, o a través de las notas o lecturas con las que se deleitó sobre estos pueblos (t. II, p. 390). No cabe duda que el conde de Ségur se mostró ávido de cultura y ello se plasmó en las páginas de sus memorias.

Puedo añadir una penúltima reflexión, pues soy consciente de que siempre existirá otra desde el momento en que otro lector aborde el estudio de estas Memorias. Con ella cerraré estas conclusiones. El quehacer diplomático de Séguir hizo que pronto se diese cuenta de cómo otros reyes europeos, coetáneos suyos, acogían a los mismos filósofos que, en su país, eran perseguidos. Creo que jamás albergó en su pensamiento la idea de menospreciar a su patria cuando escribía. Por ello, cuando explica esta actitud benevolente y protectora de monarcas, como Catalina de Rusia o Frédéric de Prusia, para con los filósofos es para ensalzar la insaciable vanidad de estos reyes, ansiosos de los elogios de Voltaire, Rousseau, Raynal, d'Alembert o Diderot (t. III, p. 45). La metáfora que utiliza es la de que estos reyes eran como los dioses del Olimpo a quienes gustaba embriagarse de incienso, con ella fue capaz, por momentos, de desviar la malévola opinión extranjera o las malas críticas sobre la actitud política francesa de su época.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GODENNE, René: «Mémoires» en *Dictionnaire International des Termes Littéraires* [Consulta en línea: <<http://www.ditl.info/arttest/art7997.php>>].
- MONTANDON, Alain (1990): *Actes du Colloque de Clermont-Ferrand présentés par A. Montandon*, Association des Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Clermont-Ferrand.
- SÉGUR, Louis (1824): *Mémoires ou Souvenirs et anecdotes*, Bruselas, A. Eymery. [Consulta en línea: <<http://gallica.bnf.fr>>].